

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

BAR GALLINERO

- Un bar es un gallinero. – dijo, y agregó. - Te lo digo yo, que me casé con una de las gallinas!

Bebió frenético otro sorbo de cerveza, se acomodó el cuello de la camisa, miró a un lado, a otro, y continuó con la charla de siempre.

- Y como buena gallina, de cocinar y servir acá, terminó haciéndolo en casa... Quizás fue eso lo que me cansó de ella. Por eso la mandé a volar.

Acabó el vaso y se volvió a servir otro tanto de espumante placer.

- Pero cuando me di cuenta de otros detalles, ya era tarde.

Miró a un lado, y ahí estaba su casa, su comedor, su mesa, su televisor. Y a la escena, ellos dos.

- Te dije que quiero ver la película! Vengo de romperme el culo en el trabajo, y para que se te dé por apagarme la televisión?... – y se llevó un trozo de milanesa a la boca. – Aparte, qué es eso de tener que hablar?

- Pasan cosas... Cosas que tenemos que aclarar.

Ramón se puso violentamente de pie.

- Decilo! Qué mierda pasa?!

Yesica tragó saliva. Era hora de hablar, era hora de terminar de una buena vez con aquella farsa.

- Vos sabés que hace tiempo que no estamos bien. Y... - y lo miró a los ojos con timidez. - ... tenemos que separarnos.

- Aaaaah, muuuy bien! Por fin la señorita tomó la decisión! – gritó irónico, sacado, descontrolado.

- Conocí a alguien...

- Mmm! – se trabó - Mmmuy bien! Seguí hablando, hija de puta! Esto se está poniendo bueno.

- ... y lo amo.

- Qué hermoso lo que me contás! La verdad, me dan ganas de llorar de la emoción!!! – y de la ironía saltó a la violencia. – Pero, vos te diste cuenta lo que me acabás de hacer?!!! Me estás dejando de un segundo a otro, sin darme la ventaja de planificar mi vida! Hasta el momento, todo pasaba por cómo recuperarnos o dejarnos lo mejor posible.

Evidentemente, nada tenía solución. Gracias a aquellas escenas, sumado a los celos, Ramón había destrozado todo, de principio a fin...

- Ese tipo te miró el culo! – había dicho una vez, o... - No habrás estado con ese antes de conocerme?... Mirá como te mira el culo!

De los celos, surgieron las peleas simples, hasta llegar a las complejidades existenciales...

- Te dije que no cocines más!!! No sos la camarera de casa! Hagámoslo juntos, cuando vuelvo del trabajo. Odio a las amas de casa! – incluyendo... - Yo sólo me lo busqué: una camarera que no tenga ni dos centímetros de cerebro, y que solamente sirva para hacer familia!

Entonces...

- ... lo amo.

Y punto final: Yesica había redescubierto la existencia del amor después del amor, y que aquel impás durante la convivencia, la había llevado a encontrarse con una nueva figura, un tercero en discordia, que advertía el pasado estaba acabado.

- Por eso digo... - continuó con su relato, el viejo Ramón. - ... todo lo que un bar te da, también te lo quita.

Y miró a un lado, a otro, se acomodó el cuello de la camisa. Bebió un trago largo, vació el vaso y se sirvió lo último de la botella de cerveza.

- Ves ese tipo que está allá sentado? – señaló - Ese es un borracho de mierda. Pero con una razón válida: el bar, el maldito bar en el que está emborrachándose es el mismo que le quitó lo que le dio.

En una apartada mesa, un hombre de unos 60 años, rojizo y desarreglado, bebía un vaso de vino tinto. Estaba casi pelado de las amarguras, y tan doblado por el peso de la vida, que no podría volver a enderezarse jamás.

Se llamaba Abelardo, y había vivido buenas épocas, épocas donde tuvo una familia hecha y derecha, como Dios y el Gobierno de Tammerlane así lo dicen.

- Pero todo se fue al carajo! Por el bar en sí... A través del bar. - trago – Te cuento?... Muchos años atrás, el tipo le propuso matrimonio a su mujer en la misma mesa donde ahora. Aunque años después, una noche, en el mismo lugar, todo se deformó.

Tenía pelo, la piel suave, unos 50 años y una familia perfecta.

Y compartía un momento con ellos.

Su mujer, al lado, vestida elegantemente, como no se había vestido en años. Delante, su hija de 24 y su hijo de 23. Estacionado junto al cordón de la vereda, el auto. En la casa, el perro.

- Quiero brindar por mis hijos. La pasé muy bien esta noche. Y qué mejor broche de oro que este hermoso lugar? Acá, donde su madre dio el “sí”.

Al lado de sus hijos, el amigo del hijo, y la amiga de la hija. Se miraron entre sí.

- Creo que es hora. – dijo el muchacho.

- Antes del brindis. – dijo la chica.

Abelardo se intrigó. De pronto recordó que sus hijos le habían pedido, tras el restaurante, que se detengan en algún bar a beber algo. Y qué mejor lugar, que el bar de siempre.

- Pasa algo? – preguntó con cierto temor.

- Papá... - dijo la hija, poniéndose de pie junto con el hijo. Abajo, los amigos. – Hay algo que tenemos que contarte.

- Somos homosexuales. – dijo el hijo.

- Pero... pero... - quiso decir Abelardo, y no pudo, aunque alcanzó a pedir más información. – Qué dijeron?

- Que somos homosexuales. – dijo la chica. – Nos gustan las personas del mismo sexo... - y completó. – Ves a mi amiga Liliana? Bueno, ella es mi pareja. Y ves al amigo de Hernán? Son novios.

Los nuevos integrantes de la familia, agacharon la cabeza en reverencia y respeto, mostrándose entregados al juicio que sea. Más tarde, todo sería discutible.

Abelardo se puso de pie, muy lentamente, con el vaso en la mano.

Su cuerpo estaba destrozado por cientos de músculos tirantes.

Pequeños temblores lo convertían en un ser aún más inservible. Sus ojos dibujaban el pánico de lo inimaginable, convertido realidad.

Finalmente, optó por despotricar contra aquello que había construido y con lo que se había paseado por todo Tammerlane como ejemplo de familia.

- Ustedes son unos hijos de puta!... – y tragó un bolo de saliva. – Se dan cuenta cómo me van a hacer quedar con todo el barrio... con los barrios... con todo Tammerlane?!!

Los hermanos se miraron.

- Me imaginaba que no iba a entender nada! Jamás va a entender nada!

- Pero... pero... - continuó aún más tembloroso, derramando la bebida del vaso, esa bebida inservible para ningún brindis, pero válida para un lento suicidio. – Con esto acaban de destruir lo único que tenía de la vida: una familia hecha y derecha... - y revoleó la mesa a un lado, tomó una silla y se la partió en la cabeza del novio. – Se dan cuenta el disgusto que me dieron?!!!

Rato después, era detenido por la policía, puesto preso por tres años, divorciado de su esposa, y con dos hijos que jamás volvió a ver, salvo en el fondo de cada copa...

- ... en el fondo de cada copa de este bar, el bar gallinero. – concluyó Ramón para su compañero de mesa, y sorbió la última gota del vaso.

- Esto no es ningún gallinero! El problema es que usted se cree gallo. – interrumpió la camarera, sirviendo la nueva botella de cerveza.

Ya estaba cansada. Hombres como aquel, hacían que el nivel del lugar baje, y llame la atención de otros viejos como él, que lo único que sabían era despotricar contra todo y pellizcarles el culo.

- Vos no sabés nada de nada! – peleó Ramón, mientras ella se retiraba. La muy maldita siempre dejaba la discusión en suspenso. – Vos me querés hacer calentar, pero no lo vas a conseguir!... Sabés por qué? – y se puso de pie, mientras servía su vaso. – Porque ya conozco a las gallinas como vos!

Se volvió a sentar. Realmente estaba borracho, cansado, incoherente, pero muy despierto como para seguir bebiendo y contando historias.

- Viste lo que hace?... Lo único que quieren es propina. Y a la caza del tipo más interesante que entre... Basta con que una lo enganche, para que lo quieran todas...

Recordó sus viejas épocas, cuando fue novio de la camarera de aquel bar, el mismo bar que se la entregó y que se la robó por medio de otro cliente.

Bebió. Estaba realmente borracho, enojado, amargado, angustiado.

El nudo nunca desaparecía: estaba oculto, disimulado con unas cuantas razones y muchas cervezas que aportaban más confusión.

- Estos bares, estas “gallinas”, y todo lo que sirven acá dentro, destrozan todo. Absolutamente todo. – y señaló una mesa donde un muchacho de unos 30 años bebía un trago. – Sabés lo que hace ese chico ahí?... Está festejando el aniversario de la muerte de su padre. – y confirmó. – Se suicidó en esa mesa.

Joaquín tomó la gran caja y la llevó hasta el tacho de metal en el jardín de la casa.

En él volcó todo el contenido: discos con fotos y películas pornográficas, videos pornográficos, agendas negras durante su matrimonio, cartas de sus amantes, amenazas, fotos de ellas.

Alcohol, un fósforo e incineró toda prueba que tachara su moral de marido, padre y Pueblerino.

Regresó al comedor, tomó las llaves del auto, y se fue antes que su mujer y su hijo de 10 años volvieran de las compras.

Tomó la Avenida Tammerlane, dobló muchos semáforos después, y llegó al bar de esta historia.

Tomó asiento, y pidió como entrada una milanesa y tres huevos fritos.

Hacía tiempo que padecía un maldito mal que le impedía comer comidas fritas, saladas y grasas. También le impedía fumar. Gracias a esto, había comenzado una diabólica dieta rica en verduras y caldos de verduras, todo sin sal. Jamás volvió a probar el alcohol, y el tabaco fue reemplazado por parches de nicotina.

- Qué hacés con todo eso en la cara? – le había preguntado su esposa, una noche cuando el regresaba del baño a la cama. Joaquín tenía la cara plagada de aquellos parches.

- Tengo... muchas ganas... de fumar... - dijo mordiendo sus muelas, retorciéndose de la angustia.

De bebida, vino tinto. Más papas fritas en bastones. Guiso de lentejas y chorizo colorado. Un sándwich de milanesa y otro de jamón, queso.

De postre, panqueque de manzana embebido en licor de menta. Más un flan con crema, helado, y el café.

Fue en ese café que se detuvo, llevó su mano al bolsillo de su camisa, tomó el viejo atado sobreviviente, y sacó el último cigarrillo de su vida.

Lo encendió.

Ya estaba cansado. En uno o dos años, la enfermedad se lo llevaría. Por qué no darse el gusto aquella noche, cuando aún estuviera lo suficientemente sano como para comer hasta reventar, y los pulmones suficientes como para pitar una vez más?

Chupó el humo, miró a su alrededor, disfrutó la escena, y para cuando llegó al filtro, pagó abonó la cuenta a la camarera de turno, Yesica.

Se retiró.

Murió al cruzar el umbral.

- Sabés lo cómico de todo esto?!... – y aclaró - ...porque cada tragedia tiene su lado cómico... Cuando el tipo murió, la esposa e hijo heredaron un misterioso departamento. Un departamento que el hombre había comprado a escondidas, donde muchos vecinos lo recordaban por haberlo visto con un sinfín de mujeres. – y volvió a señalar. – Ahí lo tenés al hijo: destruido. Sin nunca poder llegar a entender quien mierda era su padre...

Acabó el vaso, miró a un lado y otro. Se acomodó el cuello de la camisa. Se volvió a su amigo, y le dijo sereno...

- A eso es donde nos lleva este puto lugar: a la miseria, al fin, a la muerte. No sólo destruyó mi vida, llevándose por error lo que en su momento creí un error... También se llevó familias, vidas, mentes...

Una lágrima rodó por su mejilla.

Recordó aquella vez, una noche, cuando entró con un grupo de amigos, y la descubrió, tan hermosa, viniendo a la mesa con su maravilloso uniforme.

Tenía ojos, pómulos, cabello. Toda ella brillaba.

Y mientras le recitaba el pedido, supo que iba a ser la mujer de su vida.

- Tengo una hija con ella, sabés? Tengo una hija. - dijo disparando más lágrimas desde aquellos párpados hinchados, desconsolados. – Tengo una hija que veo cada tanto, que me quiere, que la quiero. Una hija que ya es adulta, que se casó, y que me dio nietos. Y sabés qué? Me duele. Me duele verla...

Bebió un trago, se secó un poco de humedad y continuó.

- Me duele verla, porque tengo vergüenza.

Se frotó el rostro recordando sus culpas, errores, todo lo que lo llevó al fin de algo que se le escapó de sus manos.

Todo por el miedo a convertirse en una caricatura de familia.

- Duele tanto ver a mi hija, como es su momento me dolía su madre cuando la conocí. Porque no las merecía, a ninguna. Porque acostumbro a destruir todo lo bello, lo bello que hoy duele pero por lejano.

Bebió un último trago, y miró con aplomo a un lado y otro.

- Me voy a casa. Basta por hoy de gallinero...

Metió la mano en su bolsillo, tomó el dinero y lo dejó en la mesa, propina incluida.

Se puso de pie, y se alejó lentamente, arrastrando la edad y sus botellas.

Su amigo invisible lo esperaría la noche siguiente, a beber más tragos y ayudarlo a encontrar una respuesta compasiva a ciertas cosas de la vida que se habían convertido en irremediables.

FIN